

IV

ES ROBADA LA VILLA B...

SI hay un principio—me dijo Arsenio Lupin muchos años después, cuando me contó la historia de la señorita de los ojos verdes—al que yo haya permanecido fiel, es el de no intentar nunca la solución de un problema antes de que llegue la hora. Para deshacer ciertos enigmas hay que esperar que el azar o la propia habilidad le aporten a uno suficiente número de hechos reales. Por el camino de la verdad hay que avanzar prudentemente, paso a paso, de acuerdo con el progreso de los acontecimientos.

El razonamiento era tanto más oportuno cuanto que el asunto no ofrecía más que contradicciones, absurdos, actos aislados que no parecían estar unidos por ningún lazo. Ninguna unidad, ningún pensamiento director. Cada uno iba por su lado. Nunca había sentido Raúl tan sólidamente la necesidad de recelar de toda la precipitación en aquella clase de aventuras. Las deducciones, las intuiciones, el análisis, el examen, son otras tantas tram-

5 La señorita de los ojos verdes.

pas que requieren tiento para no caer en ellas.

Permaneció, pues, todo el día bajo el toldo del vagón, mientras el tren de mercancías se dirigía hacia el sur, entre campos soleados. Soñaba tranquilamente, comiendo manzanas para engañar al hambre. Y sin perder el tiempo en edificar frágiles hipótesis sobre la bella señorita, sus crímenes y su alma tenebrosa, saboreaba los recuerdos de la boca más tierna y más exquisita que la suya hubiera besado. Ese hecho era el único de que deseaba preocuparse. Vengar a la inglesa, castigar a la culpable, atrapar al tercer cómplice, volver a la posesión de los billetes robados, todo eso, evidentemente, era interesante. Pero encontrar ojos verdes y labios que se abandonan, ¡qué voluptuosidad!...

La exploración del saco de cuero no le enteró de grandes cosas: listas de cómplices, correspondencia con afiliados de todos los países... ¡Oh! Miss Bakefield era realmente una ladrona, como lo demostraban esas pruebas, que el más listo no tiene la prudencia de romper. Junto a eso había cartas de lord Bakefield en que se revelaba toda la ternura y honradez del padre. Pero no se encontraba nada que indicase el papel desempeñado por ella en el asunto ni la relación existente entre la aventura de la joven inglesa y el crimen de los tres bandidos, o sea, en fin de cuentas, entre miss Bakefield y la asesina.

La excepción era el documento a que Marescal había hecho alusión. Tratábase de una carta dirigida a la inglesa, referente al robo de la villa B...

«Encontraré la villa B... a la derecha del camino de Niza a Cimiez, luego de las Arenas romanas. Es un edificio robusto, con un gran jardín rodeado de muros.

»El anciano conde de B... se instala el cuarto miércoles de cada mes en su calesa y baja a Niza con su criado, dos criadas y cestos para provisiones. Así es que la casa queda sola de tres a cinco.

»Dése la vuelta a los muros del jardín hasta la parte recayente al valle del Paillon. Allí hay una puertecita de madera carcomida, cuya llave le mando por este mismo correo.

»Es seguro que el conde de B..., que se llevaba mal con su esposa, no ha encontrado el paquete de títulos que ella ocultó. Pero cierta carta escrita por la difunta a una amiga alude a una caja de violín roto que se encuentra en una especie de torrecilla donde amontonan los trastos viejos. ¿A qué viene esa alusión, no justificada por nada? La amiga murió el mismo día en que recibió la carta, la cual se extravió y cayó en mis manos dos años más tarde.

»Adjunto el plano del jardín y el de la casa. Al final de la escalera se levanta la torrecilla, casi en ruinas. La expedición ha de hacerse con dos personas, una de las cuales quedará en acecho, porque hay que desconfiar de una vecina lavandera y que frecuentemente va allí por una puerta del jardín, cerrada por una verja, cuya llave tiene ella.

»Fije la fecha (una nota de lápiz azul precisaba al margen: 28 de abril) y avíseme, para encontrarnos en el mismo hotel.

»G. (Rubricado).

»*Post scriptum*.—Mis informes respecto al gran enigma de que le he hablado continúan siendo vagos. ¿Se trata de un tesoro considerable, de un secreto científico? Todavía no sé nada. El viaje que preparo será decisivo. ¡Qué útil resultará entonces su intervención!»

Raúl, por de pronto, no hizo gran caso del *post scriptum* tan extraño. Era uno de esos embrollos en que no se puede penetrar más que a fuerza de suposiciones e interpretaciones peligrosas. En cambio, ¡el robo de la villa B!

El tal robo iba adquiriendo para él un carácter particular. Pensó mucho en ello. Era, por decirlo así, un entremés; pero hay entremeses que valen por un plato sustancioso. Y ya que marchaba hacia el sur hubiera sido una tontería desperdiciar tan buena ocasión.

A la noche siguiente, ya en la estación de Marsella, se deslizó Raúl de su vagón de mercancías y tomó asiento en un expreso, del cual bajó en Niza la mañana del miércoles 28 de abril, luego de haber aligerado a un buen burgués de varios billetes de banco que le permitieron comprar una maleta con la correspondiente ropa y alojarse en el Majestic Palace de Cimiez.

Mientras almorzaba leyó en los diarios locales relatos más o menos fantásticos acerca de la cuestión del rápido. A las dos de la tarde salió, tan transformado de presencia y de rostro, que a Marescal casi le hubiera resultado imposible reconocerle. Bien es verdad que, ¿cómo iba a sospechar todavía la audacia de sustituir a miss Bakefield en el anunciado robo de una villa?

—Cuando un fruto está maduro, hay que cogerlo—se decía Raúl—. Y como éste me parece completamente en sazón, había de ser yo muy imbécil para dejar que se perdiera. La pobre de miss Bakefield no me lo perdonaría nunca.

La villa de Faradoni está a orillas de la carretera y domina una vasta extensión montuosa plantada de olivos. Unos caminos rocosos y casi siempre solitarios bordean por fuera los otros tres lados del recinto. Raúl examinó aquello, columbró una puertecilla de madera carcomida y una verja de hierro más lejos y distinguió en un campo cercano una casita que debía ser la de la lavandera. Volvió a los alrededores de la carretera a tiempo que una antiquísima calesa se alejaba hacia Niza. El conde de Faradoni y su servidumbre iban a proveerse. Eran las tres.

—He aquí una casa vacía—pensó Raúl—. No es nada probable que el aliado de miss Bakefield, que a estas horas no puede ignorar el asesinato de su cómplice, quiera intentar la aventura. ¡Para mí, pues, el violín roto!

Se dirigió cerca de la puertecita carcomida y, concretamente, a un lugar en que el muro ofrecía asperezas que facilitaban el escaló. Luego de franquearlo con holgura, se dirigió hacia la casa por senderos mal cuidados. Todas las puertas y balcones de la planta baja estaban abiertos. La del vestíbulo le llevó a la escalera, a cuyo final estaba la torrecilla. Pero no había puesto el pie en el primer escalón cuando sonó un timbre eléctrico.

—¡Caramba!—exclamó—. ¿Hay resortes en esta casa? ¿Desconfía el conde?

El timbre que resonaba en el vestíbulo de una manera continua y horripilante cesó del todo al moverse Raúl. Con deseo de darse cuenta de lo sucedido examinó la campana del timbre cercana del techo, siguió el hilo que bajaba a lo largo de la moldura y comprobó que venía de fuera. Por lo tanto, el sonido no se había producido por su causa, sino por la de una intervención exterior.

Salió. El hilo corría por el aire, bastante alto, colgado de rama en rama y en la misma dirección seguida por Raúl. Éste formó pronto una convicción.

—El timbre funciona cuando se abre la puertecita carcomida. Por consiguiente, alguien ha querido entrar; pero ha renunciado al oír el lejano ruido del timbre.

Raúl torció un poco hacia la izquierda y ganó un montículo de muy abundante vegetación, desde donde se distinguía la casa, el olivar y ciertas partes de la tapia; entre ellas, las cercanas a la puerta de madera.

Esperó. Y ocurrió una segunda tentativa, pero de modo no previsto por Raúl. Un hombre escaló el muro, lo mismo que él y por el mismo sitio; quedó a horcajadas, desenganchó el extremo del hilo y se dejó caer.

La puerta fué luego empujada desde fuera, sin que sonara el timbre. Y entró otra persona: una mujer.

La casualidad desempeña en la vida de los grandes aventureros, y sobre todo en el comienzo de sus empresas, un papel de verdadero colaborador. Pero, aunque fuese muy extraordinario, ¿era precisamente la casualidad el motivo de que la señorita de los ojos

verdes se encontrase allí, precisamente en compañía de un hombre que no podía ser más que el Guillermo de marras? La rapidez de la huída y del viaje de ambos, su introducción repentina en el jardín el 28 de abril y en tal hora, todo eso, ¿no demostraba que también la pareja estaba al tanto del negocio y se encaminaba directamente al fin con la misma certidumbre que él? Por otra parte, ¿no cabía ver allí lo que Raúl buscaba, o sea una relación cierta entre las empresas de la inglesa víctima y de la francesa matadora? Los cómplices, provistos de sus billetes y con el equipaje facturado en París, habían continuado la expedición con la mayor naturalidad.

Caminaban ambos a lo largo de los olivos.

El hombre, muy flaco, completamente afeitado, con trazas de cómico, poco simpático, manejaba un plano y andaba con prudencia y ojo avizor.

La joven... A Raúl, aunque no dudaba de su identidad, le costó bastante reconocerla. ¡Cuánto había cambiado aquella carita despreocupada y sonriente, a la que tanto había admirado varios días antes en la pastelería del bulevar Haussmann! Tampoco se trataba del trágico rostro columbrado en el pasillo del rápido, sino de una pobre faz contraída, temerosa, apocada, verdaderamente lastimosa. Llevaba un vestido gris muy sencillo, sin adornos, y un sombrerito de paja que ocultaba su cabellera rubia.

Y cuando la pareja pasaba junto al montecillo desde donde les acechaba Raúl, tuvo éste la visión, brusca, instantánea como un relámpago, de una cabeza que surgía sobre

la tapia precisamente por el sitio repetido. Era una cabeza masculina, sin sombrero, de alborotada cabellera, de fisonomía vulgar. Pero la visión no duró ni un segundo.

¿Sería un tercer cómplice apostado fuera?

La pareja se detuvo, pasado el montículo, en el cruce del camino de la verja. Guillermo se alejó corriendo hacia la casa. Y la joven quedó a solas.

Raúl, que se encontraba a cincuenta pasos cuanto más, la miraba con avidez, pensando al mismo tiempo que otros ojos, los del hombre escondido, la contemplarían también por las rendijas de la puerta carcomida. ¿Qué hacer? ¿Avisarla? ¿Llevarla, como en Beau-court, para sustraerla a peligros que él, al fin y al cabo, desconocía?

La curiosidad pudo más que todo. Quería enterarse. Esperaba que de semejante lío, en que se enmarañaban iniciativas contrarias y se entrecruzaban los ataques, sin que fuera posible ver claro, se destacara un hilo conductor, que le permitiera, en un momento dado, escoger un camino más bien que otro y no obrar a la ventura de un impulso compasivo o de un deseo vengador.

Ahora la muchacha, arrimada a un árbol, jugaba distraídamente con el silbato que había de usar en caso de alarma. La juventud de su rostro, casi de niña, aunque no tendría menos de veinte años, sorprendió a Raúl. Los cabellos, bajo el sombrero algo levantado, chispeaban como si fueran de metal y le ponían una aureola de luz y de alegría.

Pasó cierto tiempo. Raúl, de pronto, oyó

que chirriaba la verja de hierro y vió, a la otra parte del montículo, una mujer del pueblo que, balanceándose y con un cesto al brazo, se dirigía hacia la casa. La señorita de los ojos verdes también había oído. Se pegó al árbol, se deslizó hasta el suelo y sumióse tras la espesura de arbustos que marcaba el cruce. La lavandera prosiguió su camino sin verla.

Transcurrieron graves instantes. ¿Qué haría Guillermo, sorprendido en pleno robo, frente a la intrusa? Ocurrió, no obstante, lo inesperado. La lavandera penetró en la casa por una puerta de servicio. Y en el preciso instante en que desaparecía, retornó Guillermo de su expedición, cargado de un envoltorio hecho con papel de periódico y que tenía la forma de una caja de violín. El encuentro, pues, no se verificó.

La señorita de los ojos verdes, oculta en un escondrijo, no se dió cuenta de ello en seguida. Y mientras su cómplice se aproximaba pisando la hierba silenciosa y furtivamente, puso la misma cara de espanto que en Beau-court, tras el asesinato de miss Bakefield y de los dos hombres. Raúl la detestaba.

Hubo una breve explicación, que reveló a Guillermo el peligro corrido. También se inquietó. Y cuando ambos pasaron junto al montículo, iban vacilantes y lívidos de terror.

— ¡Bah! — pensó Raúl, lleno de desprecio. — Si quien está al acecho detrás de la tapia es Marescal y sus acólitos, ¡mejor que mejor! ¡Que los cojan a los dos y que los metan en la cárcel!

Pero estaba escrito que aquel día las circunstancias desconcertarían todas las previsiones de Raúl, obligado a obrar casi a su pesar y, en todo caso, sin haber reflexionado. A veinte pasos de la puerta, o sea a veinte pasos de la supuesta emboscada, el hombre cuya cabeza había visto Raúl asomada sobre el muro surgió de la maleza que orillaba el sendero, puso fuera de combate a Guillermo de un puñetazo en plena mandíbula, se apoderó de la joven como si fuera un paquete, agarró la caja del violín y echó a correr a través del olivar y en sentido opuesto a la casa.

También Raúl echó a correr. El otro, a la vez ligero y robusto, se alejaba velozmente y sin mirar atrás, como quien está seguro de que nadie podrá impedirle que llegue adonde se ha propuesto.

Atravesó un predio de limoneros que se elevaba ligeramente hasta un promontorio en que el muro, un metro de alto cuando más, debía estar terraplenado por la parte exterior.

Se descargó de la joven, a la que hizo pasar afuera sujetándola de las muñecas. Tiró luego el violín. Y finalmente pasó él.

—¡Ajajá!—se dijo Raúl—. En un camino poco frecuentado, pero cercano a esa parte del jardín, habrá preparado un automóvil. Y ese hombre, luego de espiar y de apresar a la muchacha, volverá al punto de partida, y la dejará caer, inerte y sin resistencia, en el asiento del auto.

Raúl, acercándose, pudo comprobar que no

se equivocaba. Un automóvil, grande y descubierto, esperaba.

La partida no se hizo esperar. Dos vueltas a la manivela.. Y el hombre, ya al lado de su presa, arrancó con marcha rápida.

Pero el suelo era irregular y abundante en pedruscos. El motor resoplaba de fatiga. Raúl saltó, alcanzó con facilidad al auto, se agarró de la capota y se ocultó al pie de los asientos del fondo y al amparo de una manta que colgaba del mismo asiento. El agresor, que no se había vuelto ni una sola vez por las dificultades de la marcha, no se dió cuenta de nada.

Por fin llegaron a la carretera. Antes de virar, el hombre desconocido, poniendo en el cuello de la joven su mano nudosa y potente, gruñó:

—Si gritas estás perdida. Te apretaré el gaznate como a la otra... ¿Comprendido?...

Y añadió con sorna:

—Pero creo que a ti te conviene menos que a mí eso de llamar la atención... ¿Verdad, pequeña?...

Por la carretera iban campesinos y paseantes. El auto se alejó de Niza para dirigirse hacia las montañas. Y la víctima no llamó la atención.

¿Cómo no iba Raúl a entrever de las palabras pronunciadas la significación lógica que significaban? En medio de aquel lío de peripecias que no guardaban ninguna relación entre sí, aceptó, sin embargo y de pronto, la idea de que aquel hombre era el tercer

bandido del tren, el que había apretado el cuello de «la otra», o sea de miss Bakefield.

—Eso es, eso es—pensó—. No vale la pena de entretenerse en reflexiones y deducciones lógicas. Y he aquí otra prueba de que hay una relación entre la cuestión Bakefield y la cuestión de los tres bandidos. Seguramente, Marescal tiene razón al asegurar que han matado a la inglesa por equivocación; pero también es cierto que toda esa gente se dirigía hacia Niza con el mismo objeto: robar en la villa B. Ese robo ha sido combinado por Guillermo, el autor evidente de la carta firmada con una G. Y el tal Guillermo formaba parte de las dos bandas, proponiéndose, a la vez, el robo con la inglesa y la solución del gran enigma de que habla en su *post-scriptum*. ¿Está claro? Guillermo, una vez muerta la inglesa, continúa en su propósito, para lo cual se auxilia, ya que son necesarios dos, de su amiga la de los ojos verdes. Y el golpe le hubiera salido a la perfección si el tercer bandido, que vigilaba a sus cómplices, no se hubiese apoderado del botín y, al mismo tiempo, de la muchacha. ¿Por qué? ¿Hay rivalidad amorosa entre los dos hombres? Por ahora basta con esto.

El auto, varios kilómetros más lejos, tomó hacia la derecha, bajó por unas curvas atrevidísimas y finalmente se dirigió hacia la carretera de Levens, desde donde podía llegar, ora a las gargantas del Var, bien a la región de las altas montañas. ¿Y entonces?

—¿Y entonces?—se preguntó Raúl—. ¿Qué haré si termina la excursión en alguna guarida de bandidos? ¿Me encontraré solo frente

a media docena de forajidos, a quienes tendré que disputarles la muchacha?

Esta, de pronto, inició una tentativa. En un acceso de desesperación intentó huir a riesgo de matarse. Pero el hombre la sujetó con su mano implacable.

—¡Tonterías, no! Si has de morir, ya te mataré yo cuando convenga. Supongo que no habrás olvidado lo que te dije en el rápido, antes de que Guillermo y tú despacharais a los dos hermanos. Así es que te aconsejo...

No terminó. Volviéndose, entre dos virajes, hacia la joven, vió una cabeza y un busto que le separaban de ella. La terrible cabeza y el poderoso busto le empujaban hacia un lado. Y una voz le dijo sarcásticamente:

—¿Cómo va eso, compañero?

El hombre quedó asombrado. Un bache estuvo a punto de precipitarles en un barranco. Rezongó:

—¡Cristo! ¿Quién es el tipo éste? ¿De dónde sale?

—¿Cómo? ¿No me conoces?—dijo Raúl—. Ya que hablas del rápido debes acordarte del sujeto al que aporreaste al principio, del pobre infeliz a quien birlaste veintitrés billetes. La señorita me reconoce también, ¿verdad? Soy el caballero que se la llevó en sus brazos aquella noche y al que usted abandonó con no sobrada cortesía.

La joven calló, inclinando la cabeza bajo el sombrerito. El hombre continuó mascullando:

—Pero, ¿quién es este pajarraco? ¿De dónde sale?

—De la villa de Faradoni, donde te eché el ojo. Y ahora, ¡a parar! con objeto de que baje la señorita.

El individuo no contestó y forzó la marcha.

—¡No seas así, compañero! Haces mal. Ya has visto por los periódicos que te he ayudado. Además, no he dicho una palabra de ti. En cambio, ¡me acusan de ser el jefe de la banda! ¡A mí, que no pienso más que en salvar a todo el mundo! ¡Anda, compañero! Ve frenando...

La carretera serpenteaba por un desfiladero entre las paredes de la montaña y un parapeto que seguía los repliegues de un torrente. Además de ser muy estrecho tenía el inconveniente de una línea de tranvías. Raúl juzgó favorable la situación. Examinaba, incorporado a medias, los limitados horizontes que se ofrecían a cada vuelta.

De pronto se levantó del todo, sesgó un poco, abrió ambos brazos, los pasó a derecha e izquierda del enemigo, se dejó caer literalmente sobre él y, por encima de sus hombros, agarró el volante.

El hombre, desconcertado, se amilanó algo, tartajando:

—¡Cristo! ¡Está loco!... ¡Va a tirarnos al barranco!... ¡Déjame, animal!...

Intentaba soltarse; pero los brazos le oprimían como dos tornillos. Y Raúl le dijo, riendo:

—Hay que escoger, querido amigo: o caer al barranco o ser aplastado por el tranvía. ¡Ahí está el tranvía! Hay que frenar, compañero. Si no...

La pesada máquina, efectivamente, surgió a unos cincuenta metros. Dada la marcha que llevaban, tanto el tranvía como el auto, tenían que detenerse inmediatamente. El hombre, comprendiéndolo, frenó, mientras Raúl, aferrado a la dirección, inmovilizaba el auto sobre los mismos rieles. El tranvía y el auto se detuvieron, por decirlo así, a un dedo uno del otro.

El hombre continuaba enfurecido:

—¡Cristo!... Pero, ¿qué se ha propuesto este sujeto?... ¡Ya me las pagarás, ya!...

—Lo que podrías hacer es el testamento. ¿Que no tienes estilográfica? ¡Bah!... Lo que pasa es que no quieres ser aplastado. Entonces, dejemos libre la vía...

Alargó la mano a la joven, que la rechazó, y que bajó por sí sola, esperando en la carretera.

Mientras tanto, los pasajeros se impacientaban. El conductor gritaba. En cuanto quedaron libres los carriles, reanudó su marcha el tranvía.

Raúl, mientras ayudaba al otro a mover el auto, le dijo imperiosamente:

—¿Has visto cómo trabajo?... Te advierto que como te permitas molestar más a la señorita te entregaré a la justicia. Tú eres quien ha combinado el golpe de mano del rápido y quien ha estrangulado a la inglesa.

Aquel sujeto se volvió, lívido. En su cara peluda, ya surcada por arrugas, temblaban los labios.

—¡Mentira! —musitó—. No he hecho nada... Has sido tú... Tengo pruebas... Y si te

cogen subirás al patíbulo... Conque ¡pica soleta!... Y déjame el paquetito. Me lo llevaré a Niza con la muchacha... Anda, ¡lárgate!

Le dió un empujón irresistible, saltó al auto y agarró el violín envuelto. Pero se le escapó una exclamación:

— ¡Se ha marchado!

Efectivamente: la señorita de los ojos verdes ya no estaba en la carretera. A lo lejos se esfumaba el tranvía. En él se había refugiado la joven, aprovechando la disputa de los dos adversarios.

La cólera de Raúl se desahogó en el otro.

— ¿Quién eres?... Conoces a esa mujer, ¿no?... ¿Cómo se llama? ¿Y tú?... ¿Cómo es que?...

El desconocido, igualmente furioso, quiso arrancar el violín a Raúl. Y comenzaba ya la lucha, cuando pasó otro tranvía. Raúl subió en él, mientras el bandido intentaba vanamente alcanzarle.

Volvió hecho una furia al hotel. Afortunadamente— ¡compensación agradable!— tenía los títulos de la condesa de Faradoni.

Deshizo el envoltorio. El violín, aunque privado del mango y de todos los accesorios, pesaba más de lo que era de esperar.

Raúl, al examinarlo, comprobó que una de las tablillas había sido aserrada con habilidad y posteriormente sustituida y pegada.

La despegó.

El violín no contenía más que un paquete de viejos diarios, lo que hacía creer: bien que la condesa había disimulado su fortuna en otra parte, bien que el conde, habiendo des-

cubierto el escondrijo, gozaba tranquilamente de las rentas que la condesa había querido escamotearle.

— ¡Esto sí que es un fracaso en toda la línea!—gruñó Raúl—. ¡Ya comienza a chincharme la niña de los ojos verdes! ¡Y aun me negó la mano para bajar!... ¿Me guardará rencor por haberle robado un beso?... ¡Vaya unos melindres!...